

Reseñas bibliográficas

***The Revelation of John*, de Jürgen Roloff. Minneapolis: Fortress Press, 1993. Traducido por John E. Alsup de la segunda edición (1987) de *Die Offenbarung des Johannes* (Theologischer Verlag Zurich); 275pp.**

El subtítulo “A Continental Commentary” marca una particularidad de este libro. Procede del evangelicalismo centroeuropeo – concretamente, de la Universidad de Erlangen en Alemania – y el autor trae un punto de visto no sólo muy bien informado sino motivado por el impacto político-espiritual de Apocalipsis. En español han aparecido varios comentarios comparables en años recientes: R. Foulkes (Buenos Aires: Nueva Creación, 1989), P. Richard (San José: DEI, 1994) y J. Stam (Buenos Aires: Nueva Creación, aparecerá 1999; ver *Apocalipsis y Profecía*, Buenos Aires: Kairos, 1998).

Ya habíamos visto los hispanohablantes el apellido de Roloff cuando en 1984 Cristiandad publicó su comentario sobre Hechos de los Apóstoles. El editor de la serie (católica por excelencia) se vio obligado a presentar una apología (pp. 15-18) por su mentalidad teológica, y su desarrollo por temas (que salpica el texto de *excursus* de gran valor) se despliegan de nuevo en la presente obra.

Los dos reformadores que se distinguían como exegetas, Lutero y Calvino, no hallaron en Apocalipsis suficiente calidad (léase “la doctrina de la salvación por la gracia aparte de las obras”) como para incluirlo en sus comentarios monumentales sobre el Nuevo Testamento. En cambio, nuestra sensibilidad moderna insiste en

que no dicemos a la Escritura lo que ella tiene que decirnos. Por siglos Apocalipsis ha sido víctima de expectativas falsas en los lectores y lectoras; en recientes décadas éstas toman la forma de ver en este libro predicciones precisas del fin del mundo y del “rapto” de la iglesia. Pero Roloff nos asegura en su introducción que

Juan no tiene la intención de trazar el curso predeterminado de la historia del mundo ni de la iglesia. Más bien, en su situación muy concreta del siglo primero, se preocupa por los oprimidos. Desea que éstos interpreten su situación deplorable a la luz de su fe en la soberanía del Cristo exaltado...Lejos de predecir acontecimientos que provoquen la especulación, Juan ayuda a la iglesia a reconocer su propia responsabilidad en la historia” (pp. 14s., traducción mía).

Para Roloff, Juan de Patmos organiza sus materiales de una manera singular. La primera sección principal, 1.9–3.22, que incluye las siete cartas a las iglesias de Asia Menor, no presenta mayores problemas, pero la sección que abarca casi todo el resto de la profecía (4.1–22-5) sí abunda en dificultades. ¿Cuál es la relación entre sí de las tres series vertebrales de visiones (siete sellos, siete trompetas, siete tasas)? ¿Hay recapitulación entre cuadros de destrucción con respecto a la iglesia, cuyas imágenes recurren constantemente y con el Cordero? Parece que el retorno de Jesús como juez (19.11-21) señala el inicio de un reino sin fin y la destrucción del reino inicuo y las bestias, pero los detalles de casi todas las visiones, y su relación entre sí, nos quedan velados (en vez de re-velados).

Con todo, dos excursus en particular (de los 12 de Roloff nos ofrece) penetran en esta aparente oscuridad. “El Cordero” (pp. 78s.) subraya la centralidad de este símbolo, usado 28 veces, que introduce una tipología pascual (ver 1 Co 5.7) mezclada con aspectos de potencia (“siete cuernos, siete ojos,” ángeles que le sirven) que aseguran el triunfo final de los perseguidos, gracias a la victoria de Jesús el Cristo. Igualmente, las y los que vivimos bajo la égida de la globalización sacaremos provecho del excursus “Cristianos y estado según Ap 13” (pp.167s). Roloff explica la relación de este capítulo con el otro cap. 13, esta vez de Pablo (Ro

13.1-7), que aparentemente aconseja más bien una actitud sumisa ante las autoridades. Juan de Patmos, casi medio siglo más tarde, se halla frente a un impero monstruoso, cuyo poder económico parece estrangular a las y los que se le oponen (ver la opresión satánica implicada en las listas de carga en el cap. 18, que concluyen en “almas humanas (esclavos),” v.13). El estado opera entre los súbditos por medio de una religión que autodeifica “oficialmente” hasta en las provincias remotas. Demoníaco y totalitario, este “gobierno mundial” amenaza con el martirio a todos los que aman la justicia.

Quizá la trama de la obra nos quedará más clara si enfocamos de manera especial dos pasajes: a) la visión del trono celeste (4.1 – 5-.14), que constituye el fulcro teológico del libro entero, y b) la doble visión de la bestia ya mencionada en el cap. 13, que ilumina la actual situación de crisis (ver también 17.18). Sí, el León de Judá puede desatar misterios sólo porque es el Cordero sacrificado y resucitado; y el reino del mal echa mano de la violencia y del engaño para aterrorizar a creyentes y no creyentes. Pero al fin de los tiempos (y en tiempo presente también) la victoria del Cordero se hace palpable por la perseverancia de sus seguidores.

Los mejores lectores rechazan la tarea, impuesta por un público ávido de predicciones precisas de seguridad personal y destrucción de sus contrincantes, de ponerle fecha al “fin del mundo.” Pero si la iglesia no es “raptada al cielo (idea que procede de una lectura superficial de 1 Ts 4.15-17)” ¿cuál es el verdadero centro de la esperanza cristiana? La atmósfera de culto que inicia y pone fin al libro nos da la clave. Cuando adoramos de verdad al Jesús que murió y resucitó por nosotros, “que es y que era y que ha de venir” (1.4), entendemos la fuerza de sus palabras finales: “Traigo conmigo mi recompensa, y le pagaré a cada uno según lo que haya hecho” (22.12). Fuertes sí, pero son palabras llenas también de gracia.

*Ricardo Foulkes B.
Profesor emérito, UBL*